

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

## EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Martes, 30 de Septiembre de 2008

### LA BARCA DE CARONTE.

### VIGESIMOCUARTO CAPÍTULO.

### EL CRUCIFICADO DE SEVILLA.

Este relato que tendrán la oportunidad de leer fue un proyecto de novela, que por falta de tiempo del autor, ha quedado convertido en un relato grande que tiene que formar parte, creo que por derecho propio, de la serie *La Barca de Caronte*. Espero que les guste el relato que se disponen a digerir, y tengan en cuenta que, posiblemente, ésta es una historia que tenga más que ver con la realidad que con la ficción. Y ya saben, la realidad siempre supera a la ficción. ¡Que la disfruten si es que son capaces! Un saludo.

#### EL ENCARGO

Las llamas de las velas dieron un halo tétrico al pequeño cuartucho en el que Diego de Salvatierra estaba a punto de culminar su trabajo. Diego era un gran pintor que recibió el encargo del obispo de Salamanca cuando visitó la ciudad hacía ya dos años. El obispo de Salamanca, Don Beltrán de Guzmán, quería que Diego le pintara un cuadro para hacer una pequeña capilla privada en las estancias del obispado.

Don Beltrán tenía un especial fervor hacia la figura de Cristo crucificada. Estudió con verdadera devoción este episodio del Nuevo Testamento cuando cursaba la carrera de Teología en la Universidad de Salamanca. Don Beltrán dio algunas instrucciones a Diego sobre cómo debía ser este lienzo. Debía ser un Cristo crucificado, pero no uno como tantos otros, debía confeccionarlo de una forma muy especial. Quería que el cuadro exhalase dolor. Quería que al contemplarlo, todos los sentidos del ser humano se activasen como movidos por un resorte celestial y conmoviera el alma. A pesar de ser un encargo privado, Don Beltrán pensaba, si la obra lo merecía, cederla en su testamento a la catedral de Salamanca.

Don Beltrán era adicto a la flagelación como modo de penitencia espiritual. Su madre murió de tifus cuando apenas contaba con catorce años de edad y eso le marcó para siempre. Desde entonces se hizo cada vez más religioso y veía en el dolor, ese dolor que le resultaba tan familiar, una manera de encontrar a Cristo.

Diego comenzó a dedicarse en exclusiva para este encargo unos meses después de su conversación con Don Beltrán. Diego decidió viajar a Roma, donde podría encontrar muestras tan impresionantes e inspiradas como el David de Miguel Ángel o cualquier obra de Leonardo. Diego había pintado bodegones y retratos para algunos nobles locales. Sevilla ya no era la gran metrópoli que fue décadas atrás. Pero el sector noble era todavía muy importante. Y él tenía que comer. No le importaba estilizar las desastrosas figuras de aquellos nobles si con ello podía obtener una importante cantidad de dinero y pagarse así sus muchos vicios.

Diego embarcó hacia Roma en Barcelona. Allí conoció a Roger Cabestany, un mercader muy rico que mantenía el monopolio del comercio de zapatos en la ciudad. Cabestany no tenía inquietudes artísticas ni intelectuales. Vivía por y para el comercio. Diego llegó a Barcelona buscando a alguien que pudiera llevarle a Roma a cambio de algunas monedas. Le recomendaron que marchara hacia el puerto y preguntara por Roger. Éste vestía con un ropaje muy caro, como si de un duque se tratara y aunque pretendía ser refinado, su habla era muy tosca. Roger le hizo un hueco a Diego entre la tripulación, aunque refunfuñó porque la cantidad ofrecida por Diego no le parecía suficiente. Aquella noche, Diego invitó a Roger a tomar algunos vinos en una de las tabernas barcelonesas. Allí comenzó la verdadera aventura de Diego.

#### BUSCANDO LA INSPIRACIÓN

Roger, tras beber varios vasos de aquél vino correoso de taberna, comenzó a preguntar a Diego por los motivos que le llevaban a Roma. Diego, que también estaba notando como el alcohol ya recorría todo su cuerpo le dijo que necesitaba inspiración para un nuevo trabajo. Roger le preguntó sobre qué era aquello que debía pintar. Finalmente Roger comenzó a hablarle a Diego con total confianza sobre un asunto difícil.

Roger comenzó a relatarle a Diego lo siguiente:

*“Hace muchos años ya, antes de que el rey Fernando el Católico apareciera por aquí, había un gremio de carpinteros que fijó como patrón suyo al Señor crucificado. La devoción de sus socios fue creciendo poco a poco. Primero tuvieron un estandarte bordado en oro con la cara de Nuestro Señor. No conformes con eso, encargaron a un artista una imagen en madera del Señor crucificado. Este artista hizo un buen trabajo, pero al gremio no le gustó la obra y vendieron la imagen. Una semana después, el artista apareció crucificado sobre una de las puertas de acceso a la ciudad. El alcalde mayor quiso investigar, porque sospechaba de este gremio como culpable del asesinato. Pero el poder de este gremio era muy importante y todo se paralizó. Los hermanos decidieron finalmente realizar por su cuenta la imagen de Cristo. Y dicen que la hicieron tan perfecta que todo el mundo al contemplarla creía que se trataba de Cristo en persona.*

*No contentos con esto, hicieron unos estatutos privados. Comenzaron a actuar por su propia cuenta y ya no iban a misa, no pagaban el donativo al obispado y comenzaron a blasfemar sobre la Iglesia Católica.*

*El obispado abrió una investigación y todo se supo finalmente. Este grupo se hacían llamar “las lágrimas del señor” y cada jueves de madrugada marchaban hacia el bosque con aquella imagen al frente. Al parecer, tras realizar una serie de ritos pinchaban en el cuerpo de aquella imagen y manaba sangre y agua. Sangre y agua que bebían todos los miembros de la Hermandad. Se cuenta que todos los que estaban implicados en el asunto confesaron que, en realidad, el cuerpo que formaba parte de esa imagen era el de uno de los miembros que se ofreció para ello. Habían hablado con un tal Romeu, que tenía fama de alquimista, y disecaron el cuerpo. Pero además, tomaron contacto con otra hermandad similar del sur de Francia y los iniciaron en unos ritos nuevos. Ritos que servían para que ese cuerpo emanara sangre y agua.*

*Hubo una gran humareda cuando tras los juicios públicos, los 33 miembros de la sociedad fueron pasto de las llamas. La condena de asesinato y herejía era bastante dura. Pero dicen que ese Cristo fue requisado por el obispado de Barcelona y ahora está en la catedral. Y hay quien dice que ese Cristo mueve la cabeza, parpadea o incluso, hay un monaguillo que quedó una noche encerrado en esa capilla y cuenta que vio cómo aquél Cristo se quitaba los clavos y caminaba hacia el altar. Todo esto creo que son habladurías, pero siempre me han impresionado bastante.”*

El barco de Roger partía hacia el mediodía, pero Diego no quería dejar de ver aquél Cristo de la catedral. Aunque todo parecía ser un invento del colectivo, una simple leyenda, todo podía servirle para cumplir fielmente con el encargo de Don Beltrán. Diego quedó profundamente impresionado tras escuchar la historia que le contó Roger. No podía creer aquello, y sin embargo, había algo en aquella historia que le llamaba poderosamente la atención. El elemento del cadáver que formaba parte de la imagen era algo que le perturbaba. ¿Qué más humano que un cadáver? –debió pensar Diego. Aunque eso de por sí era ya inhumano. Pero, ¿caso Cristo no era inhumano? Pues posiblemente así fuera. Todo ello comenzó a rondarle por la cabeza a Diego.

La misa estaba a punto de comenzar y la catedral estaba repleta de gente. La gente más cercana a la puerta de salida era la más pobre, pues sus ropas raídas y su hedor no dejaban lugar a dudas. Conforme avanzaba por uno de los laterales, el derecho, de la catedral, pudo comprobar cómo la distinción social también se plasmaba banco a banco. Finalmente llegó a la tan ansiada capilla. Pero se llevó una enorme decepción. El Cristo que vio era un Cristo sin personalidad. Era un ser inerte, que no transmitía nada. Parecía ser nada más que una mera decoración de la pared. Cuando agachó la cabeza y comenzó a pensar en que toda la historia de Roger era una farsa algo le cayó en uno de sus brazos. Algo líquido. Era sangre.

## PARTIENDO A ROMA

La agitada respiración impedía a Diego siquiera poder resollar. No podía entablar palabra alguna con Roger. Había corrido a buen ritmo desde la catedral hacia el puerto. Diego había estado buscando por toda la capilla algo que pudiera hacerle entender aquello que había sucedido. Pero lo que no tiene explicación es inexplicable. Algunos de los presentes en la catedral, sorprendidos por aquella desesperada búsqueda de Diego se interesaron y a punto estuvo de paralizarse la liturgia. Había un gran revuelo. Una enorme mancha de sangre mojaba la piel del brazo derecho de Diego. Y todos en la catedral no parecieron sorprenderse. Todos creían como algo habitual que aquel Cristo sangrase.

Roger también quedó profundamente conmovido con el relato de Diego. Estaban en igualdad de condiciones: ambos habían relatado algo insólito y de difícil comprensión. Pero quizá por eso se hicieron buenos amigos. Y el barco zarpó a la hora prevista rumbo a la capital del cristianismo.

Durante todo el viaje, lo sucedido en la catedral de Barcelona era comentado por toda la tripulación. Para ellos, Diego tenía un aura extraña, una energía diferente a la del resto de los normales. No todos habían sido manchados con la sangre de Nuestro Señor. Estaba situado a otro nivel. Pero Diego posiblemente no era consciente de ello.

Noche a noche, Diego repasaba una a una, todas aquellas imágenes que tenía guardadas de la catedral. Solo era consciente de que aquello no tenía explicación. No sabía desde donde le había caído aquella gota tan importante de sangre. Y posiblemente, prefería no saberlo. O simplemente lo sabía y no quería creerlo.

A un día de la llegada a Roma, Diego se encontró con alguien mientras dormía: *“Diego, soy yo. Soy ese que ya conoces. No tengas miedo. Pues nadie debe tener miedo a quien ha de salvarle cuando los días se consuman. Yo estoy contigo y espero que tú también estés conmigo.”*

En el sueño, a Diego le hablaba un hombre barbado de pelo largo castaño con unos ojos de mirada penetrante, convincente y enérgica. Este hombre le había extendido su mano derecha, y pudo comprobar en su muñeca la existencia de un enorme agujero del que emanaba sangre. Diego despertó sobresaltado. Y nuevamente notó algo húmedo en su mano derecha: la tenía manchada de sangre. Diego volvió a sobresaltarse, rezó un padrenuestro y finalmente pudo volver a calmarse. Prefirió guardar silencio. Ya hablaría con Roger por la mañana.

Quedaban pocas horas para desembarcar en Italia. Diego se dirigió hacia Roger, que estaba en sus aposentos disfrutando de una suculenta comilona. Cuando Roger vio la mancha que Diego tenía en su mano, su apetito se apagó de golpe. Aquello tenía ya unos tintes bastante serios. Diego no sabía qué hacer. No sabía si comentarlo a alguien en Roma. O comentarlo a su vuelta a España. Roger le dijo que mantuviera todo esto en secreto. Que la acusación de herejía podía dañarle bastante y causarle serios problemas. Normalmente estos hechos solo venían ocurriéndoles a los santos. Y Diego podía ser cualquier cosa menos un santo. En ese momento sintió que realmente estaba tocado por la mano de Dios. Roger le advirtió del peligro que conllevaba obsesionarse con aquello. Y le dijo que pensara si de verdad merecía la pena pasar por todo aquello por un puñado de monedas. Diego contestó que si esto tenía algo realmente bueno, seguro que merecía la pena.

A las dos del mediodía desembarcaron en Roma. Después de comer, Diego decidió adentrarse por la ciudad. 1685 no era precisamente el año más glorioso de la ciudad imperial, pero su cultura era desbordante. Diego paseó por sus plazas, calles, palacios... se empapó bien de toda la cultura del Renacimiento y del Barroco.

## PINTANDO EL CUADRO

Tres meses pasó Diego deambulando por Roma, tomando notas, dibujos, apuntado posibles bocetos para el comienzo de su obra. Finalmente regresó a Sevilla para iniciar el cuadro.

Todo lo que le había sucedido con la sangre y el sueño parecía ya olvidado. Prefirió no darle más vueltas al asunto. Mantenía correspondencia con Roger de manera habitual y de vez en cuando también escribía a Don Beltrán para comentarle cómo se desarrollaba la obra.

Diego decidió, mientras perfeccionaba sus bocetos en el lienzo, mirar por la ventana de la pequeña buhardilla donde trabajaba. Por la ventana se podía ver un proceso inquisitorial en la plaza. Era un espectáculo estremecedor. Cuatro mujeres gritaban con todas sus fuerzas el arrepentimiento de sus delitos. La paja se amontonaba a los pies de las desgraciadas con un apetito devorador. Desde lo alto, Diego apenas podía ver el rostro de las condenadas, pero pudo imaginárselo. Finalmente, las llamas comenzaron a devorar los débiles cuerpos que apenas podían mantenerse atados a los postes de madera. Una imagen

quedó grabada a fuego en la mente de Diego: la de una mujer de cabello negro que exhaló en una posición muy característica (le sirvió a Diego para dibujar finalmente la postura de la cabeza del crucificado). Y ese resplandeciente fuego que consumía el cuerpo de la mujer le sirvió para investir de una mágica envoltura a la imagen. La inspiración que había estado buscando durante meses por Roma, la encontró en casa.

Cuando ya tenía terminado el nuevo boceto lo quiso contemplar para ver si transmitía todo aquello que Don Beltrán quería. A pesar de que todavía no tenía color y estaba tristemente iluminado por dos miserables velas, Diego pudo imaginar cómo podía ser el cuadro acabado. Y pensó que iba por el buen camino.

A cada trazo que daba con el pincel, era mayor el convencimiento de que lo que estaba haciendo era precisamente lo que buscaba Don Beltrán. El cuadro comenzó a transmitir una energía distinta, muy fuerte y muy misteriosa. Ni siquiera Diego era consciente de lo que estaba creando. Y pensó en aquellas palabras del sueño que tuvo camino de Roma. Posiblemente alguien o algo estuviera pintando a través de él.

Una vez lo había terminado, pudo contemplarlo con su majestuosidad. De noche, con la penumbra, la imagen de Cristo parecía cobrar vida, parecía tridimensional. En una ocasión, Diego pareció ver el movimiento agitado del pecho del Cristo y salió asustado de su buhardilla. En otra ocasión oía como algunas gotas chocaban contra la madera del suelo. Cuando quiso comprobar qué sucedía, vio que realmente emanaba una sustancia roja de las heridas que había pintado en el cuerpo de Cristo. En el suelo había un pequeño charco rojo. Inmediatamente se le vinieron a la mente aquello que le había sucedido al principio de todo esto.

Quería enviarle una carta a Don Beltrán para comunicarle que el cuadro que le había encomendado ya estaba terminado, pero algo le impedía escribirla. Diego quedó enamorado de ese cuadro. Un embrujo inexplicable le había conquistado el alma. Y todas las noches contemplaba el cuadro a la espera de que sucediera algo interesante. Recordaba el relato de Roger y todo lo que le sucedió en Barcelona. Y comenzó a conectarlo todo. Diego no lo sabía, pero estaba volviéndose loco. Y lo cierto es que, noche a noche, el cuadro emanaba sangre por las heridas dibujadas en el cuerpo. Y Diego intentaba beberla. Y hablaba al cuadro. Y el cuadro lo embrujaba cada vez más.

Llegó un momento en el que Diego quiso darle aún más realismo y se arrancó su propia piel para intentar pegarla al cuerpo del Cristo. Lo consiguió. El realismo fue aún más espeluznante. Diego llevaba semanas sin salir de la buhardilla, a pesar de que los vecinos y el dueño de la casa insistían con continuos y fuertes golpes en la puerta.

Finalmente lograron romper la puerta. El suelo estaba cubierto de sangre. Había una nota en la mesa de trabajo de Diego en la que se decía a donde debía enviarse el cuadro que había en el fondo de la estancia. Pero no encontraron a nadie. Diego no estaba allí. Se había esfumado. Y nadie supo lo que realmente sucedió.

#### LA CARTA

Pero Roger recibió una carta unos años después de la desaparición de Diego: *“Amigo Roger, he terminado de pintar el cuadro. Ahora yo soy el cuadro. Nadie puede separarme de él. Yo soy el cuadro. Si quieres visitarme, estoy en la capilla privada del obispo de Salamanca Don Beltrán de Guzmán, dile que vas de mi parte. Un abrazo.”*

Parecía ser una última voluntad de Diego. Roger no entendía qué decía verdaderamente Diego en esa carta. No sabía que había desaparecido. Que su rastro se perdió en una buhardilla de Sevilla. Y marchó hacia Salamanca. Allí fue recibido por Don Beltrán y juntos marcharon hacia la capilla privada del obispo. Allí contemplaron el cuadro. Roger no tenía ninguna duda: el personaje crucificado del cuadro no era otro sino el propio Diego de Salvatierra.

FIN